

Junto a cada frailejón, la tierra se abrigaba y crecían más plantas. Los musgos bebían la lluvia como esponjas.



¡Vuelve! ¡Vuelve! Pero sus raíces no se movieron. Entonces miró alrededor y, por primera vez, vio a sus vecinos.



Abrió sus flores. Cada cabezuela era una ronda de florecitas, y todas crecían juntas, bien apretadas.

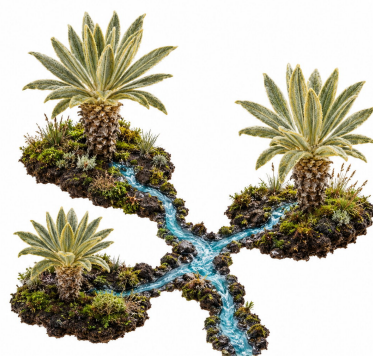


Una gota de neblina se posó en sus hojas lanudas. Pero el sol calentó, el viento sopló... y la gota se fue.

Llegó un verano de poca lluvia. La tierra negra del páramo seguía húmeda y brotó un hilito de agua. ¿Sería su gota?



Dicen que una golondrina no hace verano. Un frailejón joven opinaba otra cosa: ¡Yo solito cuidaré el agua del páramo!



El hilito se juntó con otros y bajó hecho río. Un solo frailejón no hace páramo. Pero un páramo entero hace ríos.

¿Con quién harías una ronda para cuidar el agua?



Yo solito

La ronda de los frailejones

